

Reflexiones Homiléticas para el Cuarto Domingo de Cuaresma

22 de marzo de 2020

Primera lectura

1 Sm 16, 1b. 6-7. 10-13a

En aquellos días, dijo el Señor a Samuel: “Ve a la casa de Jesé, en Belén, porque de entre sus hijos me he escogido un rey. Llena, pues, tu cuerno de aceite para ungirlo y vete.”

Cuando llegó Samuel a Belén y vio a Eliab, el hijo mayor de Jesé, pensó: “Éste es, sin duda, el que voy a ungir como rey”. Pero el Señor le dijo: “No te dejes impresionar por su aspecto ni por su gran estatura, pues yo lo he descartado, porque yo no juzgo como juzga el hombre. El hombre se fija en las apariencias, pero el Señor se fija en los corazones”.



Así fueron pasando ante Samuel siete de los hijos de Jesé; pero Samuel dijo: “Ninguno de éstos es el elegido del Señor”. Luego le preguntó a Jesé: “¿Son éstos todos tus hijos?” Él respondió: “Falta el más pequeño, que está cuidando el rebaño”. Samuel le dijo: “Hazlo venir, porque no nos sentaremos a comer hasta que llegue”. Y Jesé lo mandó llamar.

El muchacho era rubio, de ojos vivos y buena presencia. Entonces el Señor dijo a Samuel: “Levántate y úngelo, porque éste es”. Tomó Samuel el cuerno con el aceite y lo ungió delante de sus hermanos. A partir de aquel día, el espíritu del Señor estuvo con David.

Salmo Responsorial

Salmo 22, 1-3a, 3b-4. 5. 6

R. (1) **El Señor es mi pastor, nada me faltará.**

El Señor es mi pastor, nada me falta:
en verdes praderas me hace reposar
y hacia fuentes tranquilas me conduce
para reparar mis fuerzas.

R. **El Señor es mi pastor, nada me faltará.**

Por ser un Dios fiel a sus promesas,
me guía por el sendero recto;
así, aunque camine por cañadas oscuras,
nada temo, porque tú estás conmigo.
Tu vara y tu cayado me dan seguridad.

R. **El Señor es mi pastor, nada me faltará.**

Tú mismo me preparas la mesa,
a despecho de mis adversarios;
me unges la cabeza con perfume
y llenas mi copa hasta los bordes.

R. **El Señor es mi pastor, nada me faltará.**

Tu bondad y tu misericordia me acompañarán
todos los días de mi vida;
y viviré en la casa del Señor
por años sin término.

R. **El Señor es mi pastor, nada me faltará.**



Segunda lectura

Ef 5, 8-14

Hermanos: En otro tiempo ustedes fueron tinieblas, pero ahora, unidos al Señor, son luz. Vivan, por lo tanto, como hijos de la luz. Los frutos de la luz son la bondad, la santidad y la verdad. Busquen lo que es agradable al Señor y no tomen parte en las obras estériles de los que son tinieblas.

Al contrario, repruébenlas abiertamente; porque, si bien las cosas que ellos hacen en secreto da vergüenza aun mencionarlas, al ser reprobadas abiertamente, todo queda en claro, porque todo lo que es iluminado por la luz se convierte en luz.



Por eso se dice: *Despierta, tú que duermes; levántate de entre los muertos y Cristo será tu luz.*

Evangelio

Jn 9, 1-41

En aquel tiempo, Jesús vio al pasar a un ciego de nacimiento, y sus discípulos le preguntaron: “Maestro, ¿quién pecó para que éste naciera ciego, él o sus padres?” Jesús respondió: “Ni él pecó, ni tampoco sus padres. Nació así para que en él se manifestaran las obras de Dios. Es necesario que yo haga las obras del que me envió, mientras es de día, porque luego llega la noche y ya nadie puede trabajar. Mientras esté en el mundo, yo soy la luz del mundo.”

Dicho esto, escupió en el suelo, hizo lodo con la saliva, se lo puso en los ojos al ciego y le dijo: “Ve a lavarte en la piscina de Siloé” (que significa ‘Enviado’). Él se fue, se lavó y volvió con vista.

Entonces los vecinos y los que lo habían visto antes pidiendo limosna, preguntaban: “¿No es éste el que se sentaba a pedir limosna?” Unos decían: “Es el mismo.” Otros: “No es él, sino que se le parece.” Pero él decía: “Yo soy.” Y le preguntaban: “Entonces, ¿cómo se te abrieron los ojos?” Él les respondió: “El hombre que se llama Jesús hizo lodo, me lo puso en los ojos y me dijo: ‘Ve a Siloé y lávate.’ Entonces fui, me lavé y comencé a ver.” Le preguntaron: “¿En dónde está él?” Les contestó: “No sé.”

Llevaron entonces ante los fariseos al que había sido ciego. Era sábado el día en que Jesús hizo lodo y le abrió los ojos. También los fariseos le preguntaron cómo había adquirido la vista. Él les contestó: “Me puso lodo en los ojos, me lavé y veo.” Algunos de los fariseos comentaban: “Ese hombre no viene de Dios, porque no guarda el sábado.” Otros replicaban: “¿Cómo puede un pecador hacer semejantes prodigios?” Y había división entre ellos. Entonces volvieron a preguntarle al ciego: “Y tú, ¿qué piensas del que te abrió los ojos?” Él les contestó: “Que es un profeta.”

Pero los judíos no creyeron que aquel hombre, que había sido ciego, hubiera recobrado la vista. Llamaron, pues, a sus padres y les preguntaron: “¿Es éste su hijo, del que ustedes dicen que nació ciego? ¿Cómo es que ahora ve?” Sus padres contestaron: “Sabemos que éste es nuestro hijo y que nació ciego. Cómo es que ahora ve o quién le haya dado la vista, no lo sabemos. Pregúntenselo a él; ya tiene edad suficiente y responderá por sí mismo.” Los padres del que había sido ciego dijeron esto por miedo a los judíos, porque éstos ya habían convenido en expulsar de la sinagoga a quien reconociera a Jesús como el Mesías. Por eso sus padres dijeron: ‘Ya tiene edad; pregúntenle a él.’

Llamaron de nuevo al que había sido ciego y le dijeron: “Da gloria a Dios. Nosotros sabemos que ese hombre es pecador.” Contestó él: “Si es pecador, yo no lo sé; sólo sé que yo era ciego y ahora veo.” Le preguntaron otra vez: “¿Qué te hizo? ¿Cómo te abrió los ojos?” Les contestó: “Ya se lo dije a ustedes y no me han dado crédito. ¿Para qué quieren oírlo otra vez? ¿Acaso también ustedes quieren hacerse discípulos suyos?” Entonces ellos lo llenaron de insultos y le dijeron: “Discípulo de ése lo serás tú. Nosotros somos discípulos de Moisés. Nosotros sabemos que a Moisés le habló Dios. Pero ése, no sabemos de dónde viene.”

Respondió aquel hombre: “Es curioso que ustedes no sepan de dónde viene y, sin embargo, me ha abierto los ojos. Sabemos que Dios no escucha a los pecadores, pero al que lo teme y hace su voluntad, a ése sí lo escucha. Jamás se había oído decir que alguien abriera los ojos a un ciego de nacimiento. Si éste no viniera de Dios, no tendría ningún poder.” Le respondieron: “Tú eres puro pecado desde que naciste, ¿cómo es que nos das lecciones?” Y lo echaron fuera.

Supo Jesús que lo habían echado fuera, y cuando lo encontró, le dijo: “¿Crees tú en el Hijo del hombre?” Él contestó: “¿Y quién es, Señor, para que yo crea en él?”

Jesús le dijo: “Ya lo has visto; el que está hablando contigo, ése es.” Él dijo: “Creo, Señor.” Y postrándose, lo adoró.

Entonces le dijo Jesús: “Yo he venido a este mundo para que se definan los campos: para que los ciegos vean, y los que ven queden ciegos.” Al oír esto, algunos fariseos que estaban con él le preguntaron: “¿Entonces también nosotros estamos ciegos?” Jesús les contestó: “Si estuvieran ciegos, no tendrían pecado; pero como dicen que ven, siguen en su pecado.”

Reflexiones Homiléticas

Las lecturas bíblicas de hoy son sobre la luz y la capacidad de ver con claridad. En nuestra primera lectura escuchamos cómo David es seleccionado y ungido como el rey de Israel. Aunque David se demostraría ser pecador, Dios quería que él fuera la luz para su pueblo. Nuestra segunda lectura nos dice que en algún tiempo vivimos en la oscuridad del pecado, pero ahora somos hijos de la luz. Cristo nos da la luz para mostrarnos el camino correcto que debemos seguir en nuestras vidas y nuestro trayecto al cielo.

Nuestro Evangelio de hoy es una historia poderosa llena de ideas sobre nuestra fe. Es la historia de un hombre nacido ciego reducido a la pobreza y rogando por su invalidez. Lo primero que Jesús dice bien claro es que la ceguera del hombre no se debe al pecado, ni de él, ni de sus padres. En estos días del coronavirus necesitamos ver claramente que Dios no castiga a la raza humana por nuestro pecado. Nuestro Dios no trabaja de esta manera castigando a las personas por su pecado. A veces nuestros pecados traen sus propias consecuencias, como una resaca después del pecado de una borrachera. Pero Dios no se desquita con nosotros ni trae una calamidad a la raza humana, a pesar de cuando lo rechazamos.

Jesús sana al ciego formando una pasta para poner en sus ojos. La Iglesia primitiva hasta llamó a Jesús "Esclavo de Ojos." Nos ayuda a ver. Y rápidamente vemos que esta historia no es solo sobre ceguera física, sino sobre ceguera espiritual. Los fariseos



son los que verdaderamente están ciegos. Han condenado al ciego por su invalidez, diciendo que es una señal de que está sumergido en el pecado. Y están enojados con Jesús y lo llaman un pecador por sanar en el día de reposo.

Al final de la historia, Jesús le da al ciego no solamente su vista física sino también la luz de la fe. Él llega a creer que Jesús es el salvador. Jesús da la luz a los ciegos. Pero aquellos que piensan que pueden ver quedan ciegos por su pecado.

Algunas preguntas de tarea para reflexionar

¿Cómo me he convertido espiritualmente ciego? ¿Hay una relación que se ha salido mal porque no he visto mi propio comportamiento destructivo? ¿Hay un mal hábito que he adquirido porque he sido ciego a lo que me estoy haciendo a sí mismo? ¿De qué manera puedo permitir que Jesús me traiga una poca de luz durante la Cuaresma? Reza por la luz de él.

Padre Miguel Ahlstrom

